

## V. **SE OSCURECIO SU CORAZON INSENSATO** (Rom 1,21)

**Gén 3,1-7**

**Ex 32**

**Núm 14,1-12**

**1 Re 21**

**Rom 1,18-25; 2,12-24**

Hemos comenzado estos ejercicios introduciéndonos en un clima de oración en el que fuera posible revivir el encuentro con el Señor resucitado. Desde esta experiencia pascual hemos contemplado ayer el plan de Dios, su designio de amor, y le hemos dado gracias por habernos llamado a colaborar en este plan.

Hoy vamos a dedicar el día a meditar sobre los obstáculos que nosotros mismos ponemos a la venida del Reinado de Dios. Vamos a meditar sobre nuestro pecado y sobre nuestra necesidad de reconciliación.

### **1. Todos bajo el pecado**

El pecado es una realidad profundamente vinculada a la condición humana. Todos tenemos larga experiencia de haber roto en nuestra vida la armonía, de haber sido infieles a nuestras convicciones. Es una realidad tan arraigada que la mayoría de nosotros podríamos suscribir las palabras de San Pablo: "Yo soy un hombre ... vendido al poder del pecado, y no acabo de comprender mi conducta, pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco ... El querer el bien está en mí, pero no el hacerlo, pues no hago el bien que quiero, sino el mal que aborrezco" (Rom 7,14-19) (Todo el cap. 7 de Rom es una meditación sobre nuestra condición pecadora)

La experiencia de pecado rodea nuestras vidas por todas partes, y se nos presenta como un misterio que no somos capaces de comprender.

Experimentamos, al menos, tres tipos de pecado:

- El pecado personal. Es el que tenemos más a mano, y basta con que nos detengamos un momento y miremos nuestra vida con honestidad para descubrirlo. Normalmente nos resulta más fácil verlo en los demás pero sabemos que el pecado anida también en nosotros.
- El pecado colectivo. Es el de los grupos, instituciones; el pecado estructural. No es la suma de nuestros pecados personales, sino su multiplicación. Esta experiencia del pecado colectivo nos hace descubrir el alcance y el influjo de nuestro pecado personal.
- El pecado del mundo. Es otra dimensión del pecado de la que participamos todos. Es lo que la teología llama -desde San Agustín- el "pecado original". Con una terminología más bíblica nosotros podemos llamarlo "el pecado del mundo". Es mucho más misterioso y difícil de descubrir. No es el resultado del pecado personal y colectivo, pero se alimenta de él y los promueve. Es el ambiente de oscuridad en el que brilla la luz de Jesucristo. Son unas tinieblas densas que a veces ocultan la luz.

El pecado es, pues, una experiencia cotidiana y misteriosa.

Vamos a recurrir a algunos pasajes de la Palabra de Dios para que nos ayuden a dibujar con trazos más claros en qué consiste el pecado, de modo que seamos capaces de descubrirlo en nuestra vida y desde él buscar la reconciliación.

## **2. Nuestra historia de pecado**

La Historia de la salvación es, al mismo tiempo, una historia de gracia y de pecado. Vamos a recorrer algunos de los momentos en que este pecado se ha manifestado con más nitidez.

- "ser como Dios" (Gén 3,1-12)

Gén 2,4-3,24 es un relato que recoge una profunda meditación sobre las cuestiones básicas que el hombre se plantea: ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? ¿Quiénes somos? ¿Qué debemos hacer? (Kant)

Una de estas preguntas básicas es: ¿Por qué existe el mal? ¿Por qué no existe la armonía por la que sufrirá el ser humano?

El relato, envuelto en un ropaje mítico, nos ofrece una respuesta de hondo calado religioso: el hombre rompe la armonía original cuando pretende ocupar el lugar de Dios. El pecado consiste en no reconocer a Dios como Dios, y en ponernos a nosotros mismos en su lugar.

- Hacernos un Dios a la medida (Ex 32)

Hay también otra clase de pecado que consiste en hacernos un Dios a la medida de nuestros deseos e inclinaciones.

En el relato de Ex 32 se habla de un pueblo cansado de un Dios al que no ve y cuyos planes no comprende. Quiere a un Dios al que pueda dar un culto fácil, un Dios que pueda dominar y controlar. En el fondo se trata del mismo pecado.

Al hombre le cuesta soportar a un Dios que le sobrepasa. Le cuesta aceptar sus designios que no comprende. Por eso nos hacemos dioses a nuestra medida con tanta facilidad. Preferimos proyectar nuestros anhelos y necesidades y acabamos siendo esclavos de la obra de nuestras manos.

- Abandonar el camino (Núm 14,1-13)

Otra forma de pecado consiste en "volver a Egipto". Es la tentación de los que se sienten cansados por el camino.

En Núm 11-14 se describen varias quejas del pueblo, que concluyen con una propuesta firme: "Nombrémonos un jefe y volvamos a Egipto" (Núm 14,4). Es el pecado de la rebelión, que nace de la desconfianza y de la falta de fe.

Hay ciertos momentos de la vida en que nos vemos especialmente acosados por esta tentación: ¿Qué sentido tiene todo lo que hemos hecho? ¿Existe la meta

hacia la que caminamos? ¿Es verdad lo que creemos? La tentación de abandonar el camino de la libertad es muy dura y a veces sucumbimos a ella y nos refugiamos en las cebollas de Egipto.

- La injusticia contra el hermano (1 Re 21)

Otra forma de pecado consiste en prescindir del prójimo y colocarnos a nosotros siempre en primer lugar.

El relato de la visión de Nabot lo muestra con mucha claridad. La injusticia del poderoso rey Ajab es una ofensa a Dios, porque atenta contra su plan de amor, Dios mira con especial ternura a los pequeños y cualquier ofensa a ellos es una ofensa a Dios (Mt 25, 31-46).

Observar como el relato describe el proceso por el que nos vamos convenciendo de que solo nosotros contamos.

- No reconocer a Dios (Rom 1,18-25; 2,12-24)

Más que un ejemplo es una reflexión que Pablo hace sobre el misterio del pecado. Todos -judíos y no judíos- estamos sometidos al pecado, que consiste en negar a Dios.

Los no-judíos, porque no han querido reconocerle a través de sus obras en la creación.

Los judíos, porque conociendo su Ley no la han cumplido.

### **3. Radiografía del pecado**

Nuestra experiencia personal y la de los creyentes que nos han precedido en la fe nos ayuda a penetrar un poco más en el misterio del pecado.

- Jesús nos enseñó que el origen del pecado está en el corazón del hombre (Mc 7,21-23). El corazón es el centro de las decisiones. Es cierto que hay un pecado colectivo y que la historia está envuelta en un misterio de pecado, pero la raíz de nuestro pecado está en nosotros.
- El pecado es, en primer lugar, una ruptura con Dios. Jeremías lo expresa con una imagen muy plástica: "Me han abandonado a mí, fuente de agua viva, para excavar aljibes, aljibes agrietados que no retienen el agua" (Jer 2,11). Consiste en negar a Dios, poniéndonos en su lugar, o haciéndonos un dios a nuestra medida, o abandonando la senda que nos ha señalado.
- El pecado es también ruptura con los hermanos. Deja que el egoísmo se instale en nosotros y rompe la fraternidad.
- La principal consecuencia del pecado es que esclaviza al hombre. Dios nos ha llamado a la libertad, y abandonarle a él significa volver a nuestras esclavitudes, o peor aún nos lleva a hacernos esclavos de un dios hecho a nuestra medida.

- Nuestro pecado afecta también a quienes nos rodean, por eso tiene un gran sentido el reconocimiento público de nuestro pecado.

### EJERCICIO 5

1. Hemos de comenzar pidiendo el Espíritu. Sólo él es capaz de sondear los misterios de Dios y nuestro corazón. Él es "luz que penetra las almas", y esta luz ilumina la oscuridad del pecado.
2. Luego podemos elegir uno de los textos comentados, y leerlo en primera persona: nosotros somos Adán, o el pueblo en el desierto, o Ajab ... Esta lectura nos ayudará a ir hacia la raíz de nuestro pecado. No se trata ahora de fijarnos en las pequeñas faltas, sino en la raíz del pecado.

¿Dejo que Dios sea Dios en mi vida?

¿Me hago un dios a mi medida?

¿Abandono con facilidad?

¿Veo en cada hombre-mujer un hermano-a?

¿Sé reconocer a Dios?

3. La oración puede concluir presentando al Señor las consecuencias de nuestro pecado, y con ellas nuestra propia impotencia ante esta realidad misteriosa que nos envuelve.